

IDENTIDAD Y SOCIEDAD DE CLASES

Nº SIST

381394

45-47

En una sociedad de clases el sentimiento de la propia identidad se obtiene a través del ser "anti": anti-rotos, especialmente. El problema de la identidad (¿quién soy yo?) se responde con que "soy una persona decente", "un hombre correcto". El proletario, que tiene ropa sucia, poca ropa, a veces rota, que no habla como hombre "educado", que tiene afición al alcohol, que a veces le pega a su mujer o amigos, que es "vulgar" y "no culto", no es un hombre decente ni un hombre correcto. O sea, que no es un hombre que vale. No, es un "roto". El proletario no ama al trabajo y a veces hasta es ladrón: justo lo contrario del hombre decente también en esto. Y además de hablar y escribir gramaticalmente mal, dice muchas "palabras feas". Todo en él parece demostrar que se trata de un hombre "inferior".

En cambio yo, el burgués, el no proletario, rechazo y desprecio eso, porque soy amante del orden y del trabajo, de la moral y las "buenas costumbres". Pero todo esto se define como lo diferente al proletario, lo que el proletario no tiene, lo inverso de él. Así, el hombre decente siente que no sólo puede sino que debe estar contra el proletario: "falta orden y moralidad en este país" (más policías contra los ladrones y manifestantes, más cárceles, cerrar bares y prostíbulos, más militares para el orden, más curas para fabricar gente decente).

La moral buena es la mía, y la mala es la proletaria. Seré moral si soy anti-malas costumbres, lo que es lo mismo que ser antiproletario.

Esa es mi identidad: eso soy yo. Si al bur-

JORGE GISSI
Subdirector Esc. Trabajo Social U. C.

gués le faltara el proletariado, no sólo se moriría de hambre porque no tendría a quien explotar, sino también se moriría de "pena" porque no sabría cuál es su "valor". La Existencia del proletario es la felicidad del burgués, la tranquilidad del burgués, la moral del burgués. La intranquilidad por los ladrones no es nada al lado de la tranquilidad mía porque soy un "hombre honrado"; un hombre que vale por eso. Entonces, cuando el burgués quiere arreglar el mundo, piensa cómo borrar a los proletarios y a las conductas proletarias; y habla miles de horas de eso, y de la moral, y de la educación, y de la religión, y de la honradez. "Vivan los ladrones" dice inconscientemente el burgués. "Vivan las prostitutas", porque así mi mujer es pura. La sociedad de clases tiene así una utilidad también metafísica. El dinero que no tiene el proletario es porque se lo robó el burgués, las buenas costumbres que no tiene el proletario es porque se las robó el burgués. Se las roba dos veces: la primera, porque le roba el dinero y así, cualquiera posibilidad de tener buenas costumbres y educación, etc. y la segunda, porque se las roba para construir sus propias "buenas costumbres", su ética, su identidad, su "valor", su moralidad.

Así, el burgués necesita para su existencia al proletario como el blanco al negro; en un solo instante le da sus "valores" en la bolsa, en el banco, en su moralidad, en su humanidad. Psicológica, existencial, ética y religiosamente el burgués necesita al proletario, porque vive mirándolo. Se encuentra hermoso a sí mismo al encontrar feo al proletario. El conflicto del bien y el mal, de la verdad, de

la belleza, está solucionado para el burgués (todo el no proletario) desde su nacimiento. El es el bien y el proletario el mal. El es el amante y cuidador de la verdad y de la belleza y el proletario el enemigo de ellas.

Toda la moral, toda la religión, toda la personalidad del no proletario es negativa: yo no soy ladrón, no soy alcohólico, no soy prostituta, etc.

Si no hubiera proletarios, el burgués muere psicológicamente y existencialmente (y también económicamente, lo que es más sabido). Mi cercanía al bien, verdad, belleza, Dios, es cercanía por la lejanía del proletario. Así, el proletario es el verdadero "Papa" (puente) para la "salvación" del burgués.

El refinamiento de los que no son clase popular se demuestra por la vulgaridad de la clase popular.

Mientras haya proletarios, el burgués tiene solucionado el problema de la vida: mirándolo a él tiene su respuesta. Mientras haya proletarios el burgués no necesita mirar a la verdad, a la belleza, a la justicia, le basta con mirar hacia "abajo", no necesita mirar hacia arriba. Por eso, mientras haya proletarios, el burgués nunca será nada que se parezca a un hombre. Nace y muere "hijito de su papá", todo lo que él es, es lo que estaba prehecho antes de que saliese del útero, todo su ser es un no-ser un roto.

Las clases populares demuestran para este tipo de conciencia, para este tipo de "hombre", lo que "vale". Para esa conciencia del hombre moral, correcto, tranquilo, educado, para esa conciencia ponzoñosa, pegajosa, vendida y comprada de nacimiento, conformista, llena de sí misma, tan cercana al estómago hasta casi no diferenciarse de él. Esta identidad negativa, este definirse ante la pregunta "quién soy", por lo que no soy, es esencialmente clasista. La personalidad, ética y religión del no proletario es esencialmente clasista y desaparecerá cuando desaparezcan las clases. Mientras haya clases, los hombres no tienen para qué "hacerse" en cuanto hombres, porque se hacen en cuanto miembros de una clase, en cuanto hombres en ese peldaño de la pre-humanidad y no en otro. Así también psicológicamente, ética y existencialmente, estamos en la prehistoria. Cuando aparezca el hombre aparecerá la historia, cuando desaparezca el burgués (y las clases) aparecerá el hombre.

Las "buenas costumbres", moral, religión burguesas son el bien particular que se hace

aparecer como el bien general (Marx). Pero estas "buenas costumbres" moral y religión impiden que pueda aparecer la moral y la religión (que por ahora no le interesan a casi nadie): actualmente, uno no se hace cristiano imitando a Cristo, sino con el bautismo y la primera comunión. El que recuerda a Cristo es un pésimo ejemplo para el burgués, porque "demuestra existencialmente" que el burgués es un pre-hombre. Por eso se lo asesina. Ej.: M. L. King, Gandhi, etc. Después de muerto se lloran lágrimas de cocodrilo y se lo usa de tema de "conversación" para entretenerse. Porque está ya muerto y se lo ve como al pasado, como a Cristo mismo.

El caso de King es para el cristiano real, para el religioso real, el verdadero hombre moral y religioso. Su existencia rompe la paz de la moral y de la religión burguesa, exige imitación para ser consecuente, es una fisura psicológica y ética, además de social y política. Su existencia demuestra que no basta no ser ladrón ni prostituta para valer como hombre, como cristiano. Su existencia exige mirar hacia arriba y compararse desde abajo hacia arriba y no ya desde arriba hacia abajo.

Pero muerto King, vuelve la "paz". Y hasta se editan sus libros: antes no, por ningún motivo. (Porque, ¿qué sabíamos en América latina de King antes de que lo asesinaran? Nada, que era un "buen hombre". Estaba oculto, tapado, por todos los correctos no proletarios).

El pre-hombre no-proletario hace "como si" simpatizara con King mientras está vivo y "como si" lo admirara cuando está 'correctamente' muerto. (Se parece a las personalidades "como si" de Helen Deutsh, pero en el plano ético-existencial. Este hombre que no es tal, es esquizoide en cuanto a su humanidad (posible-perdida) y "sano" en cuanto a su humanidad "dada" (como una cosa que no es humana).

Pero de hecho, cuando está vivo tiene buen cuidado de no ocuparse de él, sino sólo de seguir viviendo "correcta y decentemente" Es en la evasión y negación (psicoanalítica) de los grandes hombres donde se muestra también la negatividad radical de la moral e identidad burguesas: nunca se compara con los grandes hombres, nunca se mide en relación a King, a Guevara, a Camilo Torres, a Schweitzer, a Gandhi, a ninguno que signifique una moral y/o religión e identidad positivas, una aproximación real a los valores clásicos del bien, verdad, belleza, justicia,

etc., una encarnación personal y concreta de tales valores y una lucha para el reinado de ellos, lucha que siempre se da contra los hombres "correctos".

[La identidad negativa exige la comparación *exclusivamente* hacia abajo: con el ladrón, para autofelicitar, autoabsolverse y autoamarse por "no" ser ladrón, con el alcohólico, con el "sucio", con la prostituta, etc., para lo mismo. Así, con sólo no ser proletario se *nace santo*.] El hombre que realmente vale demuestra que los hombres pueden ser valiosos *realmente* y demuestra también así —sin quererlo— que los correctos no valen "nada". Literalmente: porque (no) son nada: son negatividad pura: no ladrón, etc.

Pero el hombre correcto vive en la negación del hombre que vale, acaso ya murió porque lo petrifica, y así se autopetrifica en la disculpa, acaso está vivo por su contingencia.

[El hombre correcto no proletario es democrático y cree en la igualdad, pero solamente hacia arriba y es nazi hacia abajo. Pero como vive hacia abajo es nazi-existencialmente hablando. Se cree igual —salvo diferencias de detalle, de "gusto", de "opiniones"— a King, Guevara, etc., pero muy diferente a los "rotos", "ontológicamente" diferente, se diría.]

Este hombre correcto cree que la única diferencia que tiene con Neruda, Chaplin o Picasso, por ej., es que ellos tienen "gustos especiales", se han dedicado a eso y quizás hasta encuentre que tienen "ciertas" aptitudes artísticas. Pero que él con el portero, con el acomodador de cine, con la empleada doméstica, tiene diferencias mucho más importantes cuantitativa y cualitativamente hablando. Y [como en realidad toda la sensibilidad de su vara de medida reside en si lee diarios "decentes" o viste "decentemente", su sensibilidad —siempre exquisita en la estratificación hacia abajo— le muestra patentes diferencias.] Por la otra parte, su sensibilidad artística, filosófica, científica, religiosa, a la libertad o liberación posible es nula o casi nula: entonces no se le hace tan patente la diferencia

con Neruda y Compañía (salvo para la vara anterior: diferencias de dinero y status social. Pero el artista o lo que fuere que no lo haga, ha demostrado lo que decimos con su vida: ha sido asesinado física, psíquica, existencialmente con demasiada frecuencia como para engañarse a este respecto).

[Simultánea y contradictoriamente el hombre decente niega la igualdad entre los hombres. Rechaza lo que cree que es el comunismo porque "todos no somos iguales". Arguye: ¡cómo se puede pretender que seamos todos iguales si conozco alcohólicos que se gastan lo poco que ganan en vino, si la mayoría de los pobres son flojos y tienen ellos mismos la culpa de su pobreza! Matan dos pájaros de un tiro: confunden las consecuencias con causas, le echan así toda la culpa a los "rotos" y se autoabsuelven. Ya a la vez se auto-felicitan de no ser "iguales" a ellos.] Pero nunca notan que no son iguales hacia arriba: que no se es igual a M. L. King, a Bertrand Russell, a Camilo Torres, a Sartre. Esa no igualdad se escamotea porque esa diferencia es la que justamente patentiza de un solo golpe la inferioridad intelectual, ética y humana no sólo *relativa* a tales hombres extraordinarios sino también "*absoluta*" relativa al hombre posible (y necesario) latente en todo hombre y en mí mismo; mi tarea de hacerme hombre. Para el correcto hombre no proletario todos no somos iguales "gracias" a la clase popular.

Toda esta dialéctica, tan conformista y revolcada en la nada (nada de hombre) comienza y termina buscando la autoabsolución: "yo no soy causante de ningún mal" (con negación psicoanalítica) y luego el autovalor: "yo valgo más que esos" "porque no soy igual a ellos porque valgo más" (*a priori*, de nacimiento, como una suerte de "nobleza" moral, sin necesidad de hacer méritos, sin necesidad de hacer nada).

Así, la identidad *por lo que no se es*, es la situación pre-humana generalizada. Estamos en la prehistoria psicológico-existencial.]